

ACIONES 2008 (II) • Cristina G^a Romero - José López Rivero - Alejandro Rgz. Martín

REALIDAD A TRAVÉS DE UN PRISMA

Cristina del Carmen García Romero

EL INQUILINO

José López Rivero

MASTURBALÍA

Alejandro Rodríguez Martín

FINALISTAS
4º, 5º Y 6º
DE NARRATIVA
CORTA HNOS.
MILLARES CLUBS

BIG
861-3
GAR
rea



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
CONSEJO SOCIAL

COLECCIÓN
VERBOVIVO

①

REALIDAD A TRAVÉS DE UN PRISMA

Cristina del Carmen García Romero

EL INQUILINO

José López Rivero

MASTURBALÍA

Alejandro Rodríguez Martín



REALIDAD A TRAVÉS DE UN PRISMA

Cristina del Carmen García Romero

EL INQUILINO

José López Rivero

MASTURBALÍA

Alejandro Rodríguez Martín

FINALISTAS DE NARRATIVA CORTA HNOS. MILLARES CUBAS
2008

Canarias

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE G. CANARIA	
N.º Documento	<u>539180</u>
N.º Copia	<u>927504</u>



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
CONSEJO SOCIAL

Las Palmas de Gran Canaria. 2008

© Primera edición, septiembre de 2008:

Consejo Social de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

C/ Juan de Quesada, 30 - 35001 Las Palmas de Gran Canaria

© “Realidad a través de un prisma”: Cristina del Carmen García Romero.

© “El inquilino”: José López Rivero.

© “Masturbalía”: Alejandro Rodríguez Martín.

I.S.B.N: 978-84-96971-83-7

Depósito Legal: GC 946-2008

Diseño de la colección: MAT

Edición al cuidado de: Lothar Siemens Hernández.

Impreso en Gráficas Sabater

El jurado de los premios de narrativa corta Hermanos Millares Cubas 2008, tras decidir los ganadores cuyos textos aparecen publicados en el nº 6 de esta misma colección, y dado el número y calidad de los trabajos presentados, recomendó por mayoría al Consejo Social la publicación de otro volumen con las narraciones presentadas por los finalistas 4º, 5º y 6º, previa autorización de los mismos. Por orden de clasificación de acuerdo con la puntuación del jurado, abiertas las plicas, resultaron ser respectivamente: 4ª Cristina del Carmen García Romero, estudiante de Veterinaria; 5º José López Rivero, también estudiante de Veterinaria, y 6º Alejandro Rodríguez Martín, quien realiza su diplomatura en Turismo, quienes tras ser consultados aceptaron la publicación de sus narraciones. Con esta edición, el Consejo Social de la ULPGC contribuye a estimular a los talentos que estuvieron muy cerca de ser galardonados en este concurso, atendiendo a la circunstancia de que al mismo se presentaron muchos trabajos de estimable calidad. No obstante, tal decisión del jurado no establece un precedente obligatorio.

REALIDAD A TRAVÉS DE UN PRISMA

Cristina del Carmen García Romero

Oyó un frenazo, y tras él un golpe seco; atronador sonido que hizo detenerse el discurrir del tiempo en su vida. Llevó una mano temblorosa hasta sus labios, su mirada prendida del pequeño e inerte cuerpo tendido sobre el asfalto, empapándolo del férreo tono de su sangre.

Como un resorte liberado, sus bloqueados músculos la impulsaron en una corta y frenética carrera hacia la frágil víctima. Se arrodilló en el suelo a su lado, observando el pecho que ya no se movía. En alguna parte de su alrededor escuchaba nerviosos comentarios, disculpas, palabras sin sentido que no llegaban a ella. Su mundo se había reducido al pequeño cuerpo que yacía frente a ella; el centro de su vida, su salvación... su niño.

Las lágrimas brotaron de sus ojos, pero los tensos músculos de su garganta no le permitían emitir sonido alguno. Inclínándose sobre el diminuto cadáver, apoyó su frente sobre el inmóvil costado... estaba cálido. Enredó sus dedos en el rizado y rubio cabello, cerrando sus puños sobre un mechón ensangrentado.

De lo más profundo de su ser comenzó a nacer un gemido grave, agónico, que expresaba todo lo que le había sido arrebatado en un instante... todo lo que fue y todo lo que jamás volvería a ser.

Recordó la primera vez que había cruzado su mirada con la suya. Tan pequeño, tan frágil, tan indefenso... Fue como si la luz hubiera entrado en su lóbrega y oscura vida de golpe, tan luminosa y cegadora que dolía... tan cálida que sabía que no podría volver a alejarse de ese pequeño ser el resto de su vida.

Su sola presencia daba vida a su rostro, había sido su pequeño salvador, manteniendo a flote su alma, e impidiendo que se hundiera a pesar de llevar años haciendo aguas en los oscuros y abismales océanos de su mente. Por eso lo llamó Noé, como el constructor de barcos más famoso de la historia... Su marido no había estado de acuerdo con la elección del nombre, pero al final lo aceptó con indiferencia.

Noé, su salvador... su niño. Un pequeño que con sus torpes juegos, sus pasos inseguros y su alegría sincera había sido lo mejor que le había pasado en toda su vida.

Apretó los dedos con fuerza sobre el ya pegajoso y oscuro pelo mientras recordaba la primera vez que su marido había golpeado a Noé, propinándole una patada en el estómago y lanzándolo a más de un metro... aún hoy se despertaba asustada durante la noche recordando los llantos y gemidos de aquella noche. La primera y única ocasión en que fue capaz de reunir el valor suficiente para enfrentarse a semejante monstruo... que al verla armada con un pequeño cuchillo de cocina interponiéndose entre ambos, se había reído... cruel y burlón. Aquella noche recibió una de las mayores palizas de su vida, pero cuando finalmente aquel monstruo se fue al bar, dejándola sola acurrucada en una esquina del salón, su pequeño Noé acudió tembloroso a su lado a consolarla... La primera de innumerables ocasiones.

Noé siempre acudía a su lado, se acurrucaba junto a su costado y aguardaba en silencio a que ella dejara de llorar.

Había sido el único en toda su vida que mostraba alegría sincera al verla volver a casa. El único que, con el paso de los años,

levantó su voz ante el puño de su marido golpeándola. Y fue también el único que se enfrentó al monstruo para defenderla... el único que había creído ciegamente que ella merecía ser defendida, que merecía algo mejor que las palizas e insultos que recibía asiduamente... Aquella acción les había valido una monumental paliza a ambos. Sin embargo, Noé había crecido y no se acobardó ante los golpes. Su marido enfureció tanto que todos sus años de continua rebeldía ante los consejos de su médico le pasaron factura.

La ambulancia habría llegado a tiempo de reanimarlo... si ella hubiese llamado.

Noé, que a pesar del paso de los años, a sus ojos nunca había dejado de ser su niño, yacía ahora tendido inerte en el suelo, su cuerpo roto comenzaba a enfriarse... Sus ojos castaños no le devolverían la mirada de nuevo. No volverían a compartir momentos de complicidad, ni largos paseos por la playa... su cálida compañía se había evaporado, dejándola vacía y sola.

Cerró los ojos y acarició el suave pelo rubio que jamás volvería a peinar.

Cuando salí a la calle, me detuve al oír un grito angustioso. Al girarme vi un coche parado en medio de la calle. A su alrededor la gente se detenía a observar. No faltaban los comentarios crueles en voz alta, dichos con intención de que fueran oídos, acerca del impropio comportamiento de alguien. Las bocinas y maldiciones provenientes de los coches obligados a perder unos minutos de su valioso tiempo comenzaban a resonar por todo el barrio.

Al acercarme, arrodillada e inclinada sobre el asfalto pude ver la frágil y diminuta figura de una anciana que se aferraba al cuerpo de un diminuto perro dorado, repitiendo con voz cortada por el dolor una y otra vez: "Noé, mi niño... mi niño."

EL INQUILINO
José Romero Rivero

Recorría la calle con un trozo de papel cuadriculado, arrancado de una libreta, en la mano. Ojeaba con frecuencia aquella nota, en busca de la dirección correcta. Se detuvo frente a un viejo edificio, con la fachada enhollinada por el continuo vaivén de los coches. Vaciló unos segundos. Aquél era, sin duda. El número cuarenta y tres. Entró dubitativo y se encontró con una desolada escalera de peldaños de madera, aviesos por los años. Según ascendía, el crujir de los listones carcomidos le advertía de la posibilidad de ser devuelto a la planta baja por un camino más corto que el que ahora realizaba.

Ya en la segunda planta, el panorama no parecía mejorar. Un breve pasillo y las puertas de los diferentes apartamentos, ante sus pies. Apenas dio tres pasos y paró junto a la puerta del 2º D.

El muchacho dejó su maleta junto a su pierna derecha, casi lamentando tener que apoyarla sobre aquel suelo. Miró el pulsador del timbre de la vivienda. Era de un modelo muy antiguo, con el botón circular y el cableado rodeando el marco de la puerta. Decidió llamar, a costa de poder recibir una descarga. El sonido eléctrico que emitió al presionarlo, no le defraudó. Era el ruido que se espera escuchar ante tal ejemplar obsoleto de tecnología.

—¡Ya va! ¡Ya va! —dijo una voz desde el interior.

Las bisagras chirriaban mientras el anfitrión giraba la puerta. A medida que se vislumbraba el recibidor de la vivienda, surgió la figura de un anciano cheposo, envuelto en un batín gris que ocultaba un pijama celeste. Su pelo era cano y desgreñado, aunque abundante. No se había afeitado en varios días. Su rostro era delgado, con los pómulos deprimidos. Denotaba que no había tenido una vida fácil. Sus ojos, anteceditos por unas gafas bifocales con lentes gruesas, mostraban cansancio.

–Hola –dijo el muchacho–. Soy Alberto. Llamé por lo del...

–¡Ah!... ¿Tú eres el que llamó por la habitación? –le interrumpió el anciano.

–Sí, eso es –aclaró Alberto.

–¡Pasa, hombre! ¡No te vamos a comer! –dijo el hombre, haciendo un gesto de invitación con su mano–. No te esperaba hasta el martes.

–Es que hoy es martes –explicó incrédulo el joven.

–¡Esta cabeza mía! –se lamentó el viejo tocándose la sien–. Yo soy Braulio, el dueño.

–¡Es un placer conocerle, don Braulio! –expresó Alberto con forzado entusiasmo–. ¡Gracias, por permitirme alojarme en su casa! Sobre todo, teniendo en cuenta que sólo nos conocemos por teléfono.

–¡No las merece! –disculpó el arrendatario–. Tienes voz de buen muchacho. ¡Me fío de mi instinto!

El chico cruzó el umbral y quedó petrificado ante el salón. Un desconchado en la pintura provocado por la humedad, adornaba una de las esquinas del techo. En el centro de la estancia, había una mesa circular de madera cubierta por un tapete hecho a punto de cruz, que le daba, más si cabe, un aspecto rancio y añoso al lugar. La escasa iluminación de la sala la proporcionaba una lámpara de araña de seis brazos, donde cuatro de las tulipas estaban fundidas.

–Voy a buscar al resto de tus compañeros de piso para que puedas conocerlos –le explicó Braulio mientras avanzaba arrastrando sus zapatillas de franela por el piso, en dirección hacia la puerta de uno de los dormitorios–. ¡Espérame aquí!

Cuando el anciano desapareció de su vista, Alberto dejó salir con fuerza el aire de sus pulmones, de una manera tal, que sonó a un suspiro de alivio. Volvió a aligerarse del peso de su maleta y se aproximó al ventanal del salón. Quería saber si las vistas de su ciudad adoptiva eran tan penosas como las de su nuevo hogar. Apartó con su mano la sucia cortina que le impedía observar la calle. No se sorprendió al ver que los cristales tenían una limpieza acorde al resto de la vivienda. Por un momento, sintió la infantil tentación de grabar un mensaje con la yema de su dedo, haciendo una obscena rima con la falta de pulcritud. Rió entre dientes. No podía hacerlo.

Se sobresaltó al descubrir la silueta de una chica que le observaba por detrás. De un giro brusco, sus caras quedaron enfrentadas. Era como la llamada de las sirenas a un Ulises urbanita de nuestro siglo. Sintió un suave cosquilleo que le recorrió la piel. La beldad femenina en grado superlativo. Sus labios se entreabrieron ante tal visión.

La joven, vestía unos *jeans* muy ajustados, tanto como para crearle un serio problema a cualquier humano que no poseyese aquella figura; exaltaba su armonioso contorno, que parecía cincelado por las hábiles manos de la naturaleza. Sus piernas estaban enfundadas en unas botas altas de cuero blanco, con remaches metálicos a lo largo de la caña del calzado, tacones de una decena de centímetros y rematadas con una punta estrecha, a semejanza de las de un cowboy. Su torso estaba escasamente cubierto por un top de color amarillo, lo cual le permitía lucir el brillo del piercing de su ombligo, que estaba flanqueado por sus manos, apoyadas en jarra sobre la cadera. Sus labios eran de

color amaranto. Su cabello decolorado, le colgaba ondulante acariciando su cuello. Unos enormes ojos marrones, refulgían sobre la sombra azul de sus párpados, que le daba el aspecto de una reina mitológica.

–¿Tú, quién eres? –preguntó, arqueando una de sus perfiladas cejas, la joven del cristal.

–So... soy Alberto, el nuevo inquilino –tartamudeó.

–¡Vaya! –exclamó la muchacha–. Espero que dures más tiempo que los anteriores.

Unos pasos arrastrados sonaron en la salita. Braulio, venía acompañado por dos jóvenes.

–¡Bueno... veo que ya conoces a Julia! –dijo el anciano, sonriendo–. Estos son Sebastián y Andrés. ¡Espero que os llevéis bien!

Ambos se aproximaron hasta Alberto.

–Hola. Yo soy Sebas –dijo extendiendo su mano el más decidido de los dos–. Braulio nos ha dicho que has venido para estudiar en la universidad, ¿es eso cierto?

–Sí... –respondió Alberto, mientras recibía el fuerte apretón de manos con el que le obsequiaba el presentado–. Empiezo este año en la Facultad de Derecho.

–Este de aquí es Andrés –intercedió Sebastián por su compañero, que tenía aspecto de recién levantado.

–Hola –dijo el joven, ofreciendo su mano con lentitud.

–¿Qué tal? –preguntó Alberto al corresponderle en el saludo. Al notar el tacto de su mano, los pelos de su brazo se le erizaron, por la humedad caliente que rezumaba.

Andrés tenía un aspecto desconcertante. Podría ser hijo de Braulio, pensó Alberto, si bien, la diferencia de edad, hacía poco probable aquella teoría. Vestía una camiseta negra, con frases en inglés y un dibujo de un guerrero ensangrentado, con un hacha alzada.

–Por lo que veo, te gusta el rock duro –le dijo Alberto, al tiempo que, disimuladamente, pasaba la palma de su mano por la pernera de su pantalón.

–Sí –afirmó escuetamente Andrés, bajando la mirada hacia el suelo. O bien era demasiado tímido, o bien no le interesaba, en absoluto, la conversación que le pudiese dar Alberto.

–¡Déjale! –dijo Sebas, quitando importancia a la actitud de su compañero–. Es parco en palabras.

Por un instante, se hizo el silencio. La presentación comenzaba a entrar en ese momento del incómodo “no tener nada que decir”, propio de los encuentros forzados.

–Bueno... –dijo Julia al fin, rompiendo el frío ambiente–ite enseñaré tu habitación!

Alberto, sin pensárselo, tomó su maleta y se dispuso a acompañar a su guía.

–¡Ven a la cocina cuando te hayas instalado! –le pidió don Braulio cuando se alejaban por el pasillo ambos jóvenes.

El taconeo de la muchacha invitaba a la cabeza de Alberto a fantasear con las posibilidades durante su estancia. Julia giró el pomo de una de las puertas que encontraron a su paso.

–¡Bienvenido al purgatorio! –dijo ella, alargando los brazos como el animador de un espectáculo circense–. Esta será tu habitación.

–¿El purgatorio? –se extrañó Alberto.

–¡Sí! –dijo ella con alegría–. Lo llamamos así porque nadie se queda demasiado tiempo en él.

El muchacho pareció entenderla. Se situó junto a ella en la entrada de su dormitorio.

–Bueno... –balbuceó él– para ser sinceros, la casa no es gran cosa, pero... no me puedo permitir pagar más y los alquileres son muy caros en esta barriada. Lo bueno es que está muy cerca de mi Facultad y, además, he conseguido trabajo de camarero en el

bar que está calle abajo, junto a la plazoleta. Podré ahorrar algún dinero mientras estudio aquí.

–¡No lamentarás quedarte con nosotros! –aseguró ella mientras trazaba una línea descendente con la uña de su dedo índice por el pecho del chico–. Mi cuarto es el de al lado.

–¡Va... vaya! –se sorprendió Alberto.

–¡Me encanta cuando te atropellas con las palabras! –dijo burlona–. Bueno, te espero en la cocina con el resto.

Alberto se sintió tan halagado como desconcertado por las maneras de Julia. Sentía que, al menos, con tal compañera de piso, se le haría más llevadero permanecer en aquel antro.

El dormitorio tenía una decoración acorde al resto de la casa. Abrió el armario que habría de servirle como guardarropa, zapatera y librería. Colgó sus camisas y pantalones en las perchas, sus zapatillas en la parte baja y su ropa interior en las gavetas. Una vez deshecho el equipaje, decidió dejar su maleta vacía bajo el somier de la cama, para ahorrar espacio en la habitación. Apoyó sus rodillas en el suelo y la empujó tratando de ocultarla a la vista. La maleta no lograba entrar del todo. Se agachó para deshacerse de la traba que impedía su deseo. Miró por debajo de su lecho. El somier era una tabla de madera, ¿cómo no?. Una de las esquinas de la maleta, tropezaba con una fractura del tablero. Tiró de ella para reubicarla. Al moverla, se dio cuenta de que uno de los listones estaba arañado por cinco surcos, como si hubiesen sacado a la fuerza a un gato furioso panza arriba. No, no pudo haber sido un gato, a menos que pesase sesenta kilos y tuviera las zarpas del tamaño de una mano.

Tal y como le había rogado Braulio, una vez terminada su tarea, se dirigió a la cocina. Allí, acordaron las labores que llevaría a cabo el joven estudiante en la casa, como parte del pago por el alquiler de su habitación. Alberto consideraba importante facilitar a una persona anciana el desarrollo de su vida cotidiana;

por ello, decidió participar en un programa social de ayuda a la tercera edad para aquellos universitarios que precisasen un alojamiento durante el curso.

–Entonces... ¿estamos de acuerdo en todo? –preguntó el octogenario tras la exposición de sus condiciones.

–Sí, sí... –respondió Alberto– no se preocupe por mí. Le prometo que no le defraudaré. ¡Ya verá como nos entenderemos a la perfección!

Tras una cena fría, el chico decidió ir a dormir, puesto que tendría clases por la mañana y, su primer día trabajo, en el bar, por la tarde. No tardó en dormirse ya que, el viaje en tren, le había cansado lo indecible.

Unos golpes le despertaron a medianoche. Algo chocaba rítmicamente contra la pared en la que reposaba el cabecero de su cama. Adormilado, se levantó a tientas. Se calzó a oscuras y caminó hacia la puerta de su dormitorio. Sin encender la luz, movió el picaporte y asomó su cabeza al pasillo. En el vestíbulo, reconoció el sonido verriondo de Sebas y Julia. Acaso eran pareja y él no lo sabía aún. Conturbado por lo que acababa de oír, se dispuso a cerrar la puerta de su habitación cuando oyó que, en la habitación contigua, alguien se levantaba de la cama y andaba hacia la salida de la misma. Alberto entornó rápidamente su puerta y se agachó, sin cerrarla del todo, evitando hacer ruido. Unos pies asomaron por el umbral de aquel cuarto. La silueta, recortada entre las sombras del pasillo, caminó por éste avanzando en dirección al salón. Alberto, incrédulo, se frotó su ojo derecho. Era Andrés. El joven se sentó en el suelo, apoyando su espalda contra la pared. No entendía nada. Nuevamente, unos pasos en el pasillo le animaron a mirar, de soslayo, por el resquicio de su puerta. Esta vez, sí era Sebastián el que salía del dormitorio de Julia y enfilaba hacia el suyo. Ya no le cabía duda, Julia era una disoluta.

TITITITIC, TITITITIC, TITITITIC

El despertador sobresaltó al estudiante. Sudando, levantó bruscamente el tronco del colchón.

–Je, je, je –rió, con los labios aún pegados–. ¡Fue un mal sueño!

Tras desperezarse, tomó su desayuno. Un largo día le esperaba por delante. Conoció a algunos de sus compañeros de Derecho y, por la tarde, a sus clientes del bar. Fue un día agotador. En unas horas, se había convertido en un experto en poner cañas con la cantidad justa de espuma. Aunque tuvo que emplearse a fondo con la bayeta, estaba muy contento con su nueva situación personal.

Volvió a casa a la una de la madrugada. Tras una buena ducha, cayó rendido en su colchón. Las nuevas emociones y sobre todo el cansancio, le propinaron un rápido viaje al mundo onírico.

El contacto con algo que le presionaba su cintura le hizo abrir los ojos, asustado. Julia estaba a horcajadas sobre él.

–¿Qué... qué haces? –preguntó aturdido.

–¿Es que no lo ves? –respondió ella, tomando la mano del chico y llevándola bajo su blusón, invitando a Alberto a desprender las estringas de su sujetador.

Alberto siguió su juego. Frotó la palma de su mano contra las costillas de Julia, tratando de rodear su torso y alcanzar la hebilla de su ropa interior. De pronto, notó como la piel de la chica se hacía áspera, escamosa, cortante. La mano del chico se separó instantáneamente del cuerpo de la joven.

–¿No te gusta? –dijo la joven con una voz que se volvió cavernosa.

Él miró aterrado a la cara de su amante nocturna. Sus ojos estaban completamente rojos. No tenía pupilas, no tenía iris; únicamente un rojo sangre.

muñecas. El chico, espantado, forcejea para zafarse de las manos de su abuelo.

–¡Debes irte! –le grita el agresor–. ¡Debes irte!

TITITITIC, TITITITIC, TITITITIC.

Esta vez, el alarido que sale de los labios del muchacho al despertar resuena en toda la habitación. Jadeando, mira sus doloridos brazos. Sus pelos se erizan al ver unos moratones que rodean sus muñecas.

Alberto trata de rehacerse. Todo debe tener una explicación lógica, piensa él. Probablemente, se lo ha hecho él mismo durante el transcurso de su pesadilla. Se da una ducha de agua fría para despejar su cabeza. Los malos sueños le están provocando una fatiga incesante.

Esa mañana, decide ir al ambulatorio más cercano. No se encuentra bien y quiere que le prescriban algún medicamento para dormir. Tras la explicación de sus episodios nocturnos, el médico decide darle dos comprimidos de diazepam.

–¡Esto hará que duermas de un tirón! –le aseguró el doctor–. Intenta no trabajar esta tarde y acuéstate temprano. Tómate una hoy y otra mañana.

Al salir de la consulta, pasó por la plazoleta para ver a su jefe. El dueño del bar, al ver el desmejorado aspecto que tenía su joven aprendiz, no dudó en librarle de sus obligaciones aquel día.

Aturdido, pasea por la calle de camino al piso de don Braulio. Sube los escalones y entra en la vivienda. Allí, en el salón, está Andrés, con la mirada perdida, buscando a través de la ventana. Alberto se queda tras él, sin decirle nada. Está demasiado cansado como para mantener una conversación con alguien que no la suele dar.

Mira su reloj. Las once de la mañana. Se dirige a la cocina y prepara un sándwich. Mastica los pedazos con lentitud, sin sabo-

rearlos. Toma un vaso de leche para tragar su pastilla y va a su cuarto. Quiere dormir. Abraza su almohada con su brazo derecho y acomoda su cabeza. Cierra sus ojos. Está exánime. Duerme.

–¡Oh, Señor del Averno! –invoca una voz en su habitación–.
¡Hoy te ofrecemos a este hombre en sacrificio!

Alberto, aún drogado por el medicamento, lucha por abrir los párpados. Es como recuperarse de una anestesia. A medida que vislumbra el recinto, ante él aparecen unas figuras borrosas. Unos seres cubiertos con túnicas negras de monje, con la cabeza tapada por la capucha, dan cánticos a su alrededor.

–¡Ven Satán! –corean al unísono.

El muchacho se esfuerza por despertar. Trata de incorporarse pero no lo logra. Tiene sus extremidades atadas, una a cada esquina de su cama. Se le aceleran las pulsaciones.

–¿Qué hacéis? ¿Quiénes sois? –grita a sus raptores–.
¡Soltadme! ¡Socorro!

Uno de ellos se inclina, aproximándose a su oído. Se descubre, apartándose su caperuza. Una melena rubia roza su mejilla.

–Te dije que no lamentarías quedarte con nosotros –dijo Julia, sonriendo depravadamente.

–¡Tranquilo! –observó una anciana voz–. Ya te dije el primer día que no te vamos a comer.

MASTURBALÍA

Alejandro Rodríguez Martín

Estoy con una despampanante morena en un lugar realmente idílico. Una especie de bosque nos acoge con delicadeza, entre árboles frutales, cascadas, pequeños riachuelos y pájaros entonando sus mejores melodías. Estamos a ras de suelo, tumbados sobre nuestras espaldas, mirando como los rayos del sol atraviesan los árboles hasta llegar a nosotros. Estamos totalmente desnudos, y siento el calor recorrer todo mi cuerpo.

Se apoya en sus codos, incorporándose lentamente y mira hacia el majestuoso lago que tenemos enfrente. Es una auténtica musa. Su morena melena le tapa los preciosos senos, rodeándola de un aura de belleza sobrecogedora.

Se acuesta sobre mí. Nos besamos lentamente, disfrutando de cada lametazo como si fuese el último, realmente apasionados. Empezamos a unir nuestros cuerpos, pero entonces, de repente, algo cambia: mi visión se torna borrosa, empiezo a comprender que todo es un sueño y entonces...

Despierto.

Miro al techo. Sigue tan blanco como siempre, deteriorándose con el paso del tiempo. Las paredes están teñidas de un rojo sangre, restos de una guerra con insectos nocturnos que no acabará nunca. La luz de mi despertador da a la habitación un color azul oscuro casi negro que me envuelve por completo. Frente a

mí, la puerta entreabierta que da al pasillo se convierte en una persona de dos metros que permanece inmóvil mirando fijamente hacia mí. Nunca la he visto, pero parece que me conoce. Sobre sus anchos hombros descansa una gabardina tan oscura como su silueta. El miedo me paraliza, me hago el dormido durante 10 interminables segundos, y al abrir de nuevo los ojos veo que aún sigue allí. Durante un tiempo que me parecen años pienso qué puedo hacer.

A mi derecha. ¿Cómo antes no lo había visto? Un perro enorme hace guardia a los pies de mi cama, aún sentado sobre sus posaderas es más grande que mi mesa de noche. Entonces, con el mismo movimiento de ojos que hago para mirar a mi derecha, intento levantarme de la cama, pero no puedo. Estoy paralizado. Por mucho que hago fuerzas para levantarme me es imposible.

Entonces lo comprendo: el hombre de la puerta me ha disparado algún tipo de dardo tranquilizante. Estoy completamente a su merced.

Empiezo a gritar como un poseso. Nunca en mi vida he sentido tanta angustia. Nunca antes he gritado de esta manera. Me duele la garganta. Pero aún así, no emito ningún sonido. La habitación sigue estando tan en calma como lo ha estado toda la noche. Estoy bien jodido.

No. He de intentarlo.

Ante la imparable mirada del extraño hago acopio de todas mis fuerzas. Tras decenas de intentos fallidos logro mover los dedos del pie. Un dedo despierta a otro dedo que despierta a otro dedo que despierta a otro dedo. Tras conseguir esto logro mover mi cuerpo, y en ese momento todo se desvanece y disipo la realidad tal como es: ha sido otra parasomnia.

Por muchas parasomnias que sufras, siempre serán como la primera vez. Recuerdo cómo me quedaba sentado en la cama,

con la luz encendida, con temor a quedarme dormido de nuevo, las primeras veces que me sucedió.

Miro el reloj: las tres de la mañana. Empiezo a currar a las 4, así que no merece la pena intentar dormir.

Me levanto de la cama y me dirijo a la cocina. Creo que va a ser la primera vez que desayune en meses... siempre y cuando se le pueda llamar desayuno a tomar un vaso de zumo a las tres de la mañana.

Plancho el pantalón del uniforme, simplemente por hacer tiempo. Me visto, con toda la parsimonia del mundo, y me monto en el coche.

Si tuviese que decir qué es lo que más me gusta de mi trabajo diría que el camino hasta él: es cojonudo el ir con tu coche a toda velocidad, alcanzando 180 km/h en la autopista, sin nadie que te moleste, y con tu música favorita de fondo tronando por los altavoces.

Llego al aeropuerto y miro el reloj: hoy he conseguido llegar dos minutos antes. Voy mejorando.

Paso por el control de seguridad, y ahí está el capullo de siempre. Paso por aquí un mínimo de 5 veces por semana, y el muy cateto no es capaz de recordar mi cara. Le enseño la identificación y paso por el arco.

De repente siento cómo se me quedan mirando, esperando a que haga algo. No entiendo el porqué de sus escudriñantes miradas, así que recojo mis cosas y sigo adelante. Entonces, al coger la cartera, tengo una iluminación: el trozo de hachís que llevo en ella. Joder, lleva una semana ahí adentro y sin darme cuenta. De ahí las miradas... en fin, me lo fumaré en el descanso y listo.

Está siendo otro coñazo de día en el trabajo. Acabo de atender a un negro que parece no haberse duchado en años. He oído que por su pigmentación el sudor es más fuerte que el nuestro,

pero joder, olía como si se hubiese rebosado sobre cadáveres en descomposición.

Y encima el tío era tan pobre que ha comprado una puta colonia "Puma", la más barata que tenemos, con diferencia. Me dieron ganas de gritarle en su estúpida cara:

—Qué, ¿no ves suficientes pumas merodear por tu chabola en tu país de mierda? ¿No tienes suficiente con haber visto cómo uno, hambriento, devoraba a tus dos hijas sin tú poder hacer nada? ¿Eh, negro de mierda? ¿De verdad no tienes suficiente?

Entonces me ha dicho que si podía envolverlo en papel de regalo.

A veces agradezco a Dios que guíe a su ejército de subnormales por mi tienda. Me alegran el día.

Pero nada comparado a cómo me lo alegra Yaiza. Es mi compañera de turno en este agujero infecto, y sólo por verla a diario merece la pena venir a trabajar.

Fantaseo a diario con que un terrorista suicida entre dispuesto a volar el puto aeropuerto, haciendo antes escala por mi tienda, para poder desarmarlo, salvarla, y llevarme mi merecida recompensa... O, simplemente, para que me saque de esta puta monotonía que consume mi vida. Sólo pido eso, un puto moro con C4 pegada a su cuerpo, que vuele la puta tienda y nos lleve a todos con él.

No es que me crea mejor que un americano, pero yo también deseo una muerte dramática.

Su uniforme de trabajo no es nada sexy, realmente, es anties-tético: un pantalón, pero no de mujer, apretadito y marcando el tanga, no, pantalón de hombre, o mejor dicho, de lesbiana de libro, sueltos y disimulando culo, junto con un polo, con pocos botones que no dejan mostrar mucho.

Pero hoy no. Hoy ha venido con una camiseta escotada, del mismo color que el polo, pero mostrando sus jodidamente sen-

suales tetas. Me ha contado la historia de que se le destiñó la otra y a última hora solo tenía esa y la trajo. Pero yo sé que no es por eso, es porque sabe que me pone burro, y quiere hacerme sufrir.

Putá.

Está comiéndose un chicle. Pero no tiene bastante con mascararlo. Tiene que sacárselo de la boca, estirándolo con el dedo, e introducirlo de nuevo en su boca con giros imposibles de lengua. Todo esto mientras me mira y me guiña el ojo.

No puedo soportarlo, rápidamente llamo a mi supervisora y le digo que NECESITO ir a comer. Urgentemente.

En diez minutos, que a mí me parecen años, llega mi relevo. Sin decirle hola siquiera salgo volando de la tienda, notando una prominente erección en mi pantalón. Me meto la mano en los calzoncillos, me coloco la polla de una forma disimulada y me dirijo hacia mi taquilla.

No me he traído más que una chocolatina Hacendado para desayunar, así que decido comprarme un café y tomármelo en la terraza mientras fumo.

De camino a ella me encuentro con un pasajero que, a mi parecer, está algo aturdido. Me ve el uniforme y, cómo no, se cree que trabajo en algo gordo dentro del aeropuerto, y no en una puta tienda de souvenirs.

Se me acerca y me pregunta:

–Perdone joven, ¿sabe si hay algún buzón aquí dentro? He de enviar una postal...

A lo que yo, educadamente le respondo:

–Lo siento mucho señor, pero aquí dentro no hay ningún buzón.

El tipo se viene abajo, y me responde:

–Oh... es que es muy importante... en fin... gracias...

Le tiendo la mano, y con la mejor de mis sonrisas le digo:

–Tranquilo señor, si quiere puedo enviársela yo cuando termine mi turno. Hay una oficina de correos justo afuera, al lado de los aparcamientos.

El viejo me mira, como si fuese el jodido Jesucristo:

–¿De verdad? Oh, muchas gracias joven, es bueno ver que aún queda buena gente en el mundo...

Asiento con la cabeza, me despido, deseándole buen viaje y prosigo mi camino.

Pido un cortado y me voy afuera, a la terraza. Hace una noche realmente agradable. Apenas hay viento, y sólo estropean el momento los jodidos anuncios por megafonía. Los odio.

Miro la postal: es la típica imagen del Roque Nublo, con una bonita puesta de sol de fondo. Le doy la vuelta y leo lo que hay escrito:

"¡Hola princesa!

Ojalá estuvieras aquí conmigo, el lugar es increíble, sobre todo las playas. No me he puesto protección como me dijiste... ¡y ahora estoy como un cangrejo! Jeje. Bueno, te mando millones de besos y espero verte pronto, princesa."

Realmente enternecedor. Me han entrado unas potentes arcadas que me fuerzan a mantener la respiración unos segundos, hasta que logro eliminarlas. Saco un bolígrafo de mi bolso (si, me hacen llevar un bolsito transparente en el trabajo, por temas de seguridad, dicen) y comienzo a dibujar pequeños monstruos realizando una orgía. Cambio los "princesa" por "zorra asquerosa" y el "¡ahora estoy como un cangrejo!" por "¡y creo que ahora tengo sífilis!".

Me tomo el último sorbo de café, meto la postal en el buzón que hay justo enfrente de mis taquillas, y vuelvo a la tienda.

Lo primero que veo es a Yaiza agachada, mostrándome el tanga. Mi relevo me dice adiós pero estoy petrificado y no puedo contestar. Toda la sangre se me ha ido a la punta de la polla.

Ya no aguanto más. Ha empezado a dolerme la erección, y una vez empieza a dolerme, o eyaculo en breve o el dolor me pasa a los huevos.

Le grito que voy al baño, que enseguida vuelvo, y voy volando hasta llegar a la puerta del baño, donde una limpiadora me frena en seco, ya que está "haciendo su trabajo".

Noto como mi huevo izquierdo empieza a contraerse de manera espasmódica. No queda mucho tiempo.

Abro la puerta de minusválidos y sin pensarlo me meto dentro, paso el cerrojo y me saco la polla de los pantalones, la cual está dura como un menhir y ardiente como el jodido infierno.

Me la casco como un maldito macaco, pero lo único que siento es dolor. Tengo que pensar algo. Me levanto y voy directo al lavamanos. Me embadurno la polla de jabón y continuo pelándomela, pero el jabón se seca y he de mojármela, para que siga resbalando. Empiezo a mojarme el puto pantalón, así que sin pensarlo me giro hacia el secador automático, el cual, supongo que por el agua y por la calentura de mi polla hace contacto y me suministra una dosis de alto voltaje por todo mi cuerpo.

Supongo que el hecho de que el suelo estuviese lleno de agua también ayudaría.

Y

ES

BRUTAL.

Siento una descarga que empieza por mis pies, sigue subiendo y se para justo debajo de la cintura. Se concentra toda la puta descarga en el tronco de mi polla. Y de repente, siento como expulso toda la electricidad, junto a millones de espermatozoides, a través de ella.

El mejor orgasmo de mi vida, seguido del primero (el cual me autorregalé por mi duodécimo cumpleaños), y del primero que tuve tras operarme de fimosis.

Y ahora me encuentro tumbado en el suelo, con los pantalones hasta las rodillas, la polla chamuscada y todo mi uniforme lefado.

No puedo moverme. Al menos no del todo. Haciendo toda la fuerza posible podría mover una pierna, o una mano... la cual podría utilizar para pulsar el botón de emergencia que (Dios, te amo) todos los baños para minusválidos tienen. Al menos en los aeropuertos.

Hago acopio de todas mis fuerzas, y logro moverme lo justo para presionar, una sola vez, el botón de emergencia. Me considero ateo, pero aún así rezo a Jesús, Buda y Shiva que, por favor, hayan recibido la llamada de emergencia.

Una voz de mujer retumba por el altavoz:

—¿Hola? ¿Ocurre algo?

Intento hablar, pero no puedo. Tan solo consigo emitir una especie de sonidos guturales:

—Uuungg... ggnnnhhn... unnng...

La chica se alarma:

—¿Señor? ¿Se encuentra bien? Tranquilo, ya vamos hacia allá.

Joder, estos chicos realmente se toman en serio su trabajo. En menos de un minuto irrumpen un chico de seguridad en la puerta.

Le miro a los ojos y contemplo su expresión de terror. Se lleva las manos a la boca, pero justo en mitad de camino no puede evitarlo y vomita. Cae de rodillas, temblando, antes de intentar siquiera acercarse a mí.

Mientras veo cómo se me acerca lenta e inexorablemente mi salvador, me asalta la preocupación de qué será de mí a partir de ahora. De cómo podré seguir mirando a la cara a mis compañeros de trabajo. A Yaiza.

Entonces, por iluminación divina, recuerdo que me queda sólo una semana de contrato.

Una amplia sonrisa se dibuja en mi cara.

Cierro los ojos y me dejo arrastrar.



ÍNDICE

REALIDAD A TRAVÉS DE UN PRISMA	13
<i>Cristina del Carmen García Romero</i>	
EL INQUILINO	19
<i>José López Rivero</i>	
MASTURBALÍA	33
<i>Alejandro Rodríguez Martín</i>	

Este libro se elaboró
con las tipografías Zapf Humnst, Frutiger y sus variantes.
Se terminó de imprimir el 14 de noviembre de 2008.

ULPGC.Biblioteca Universitaria



927504

BIG 860-3 GAR rea

COLECCIÓN
VERBOVIVO

7